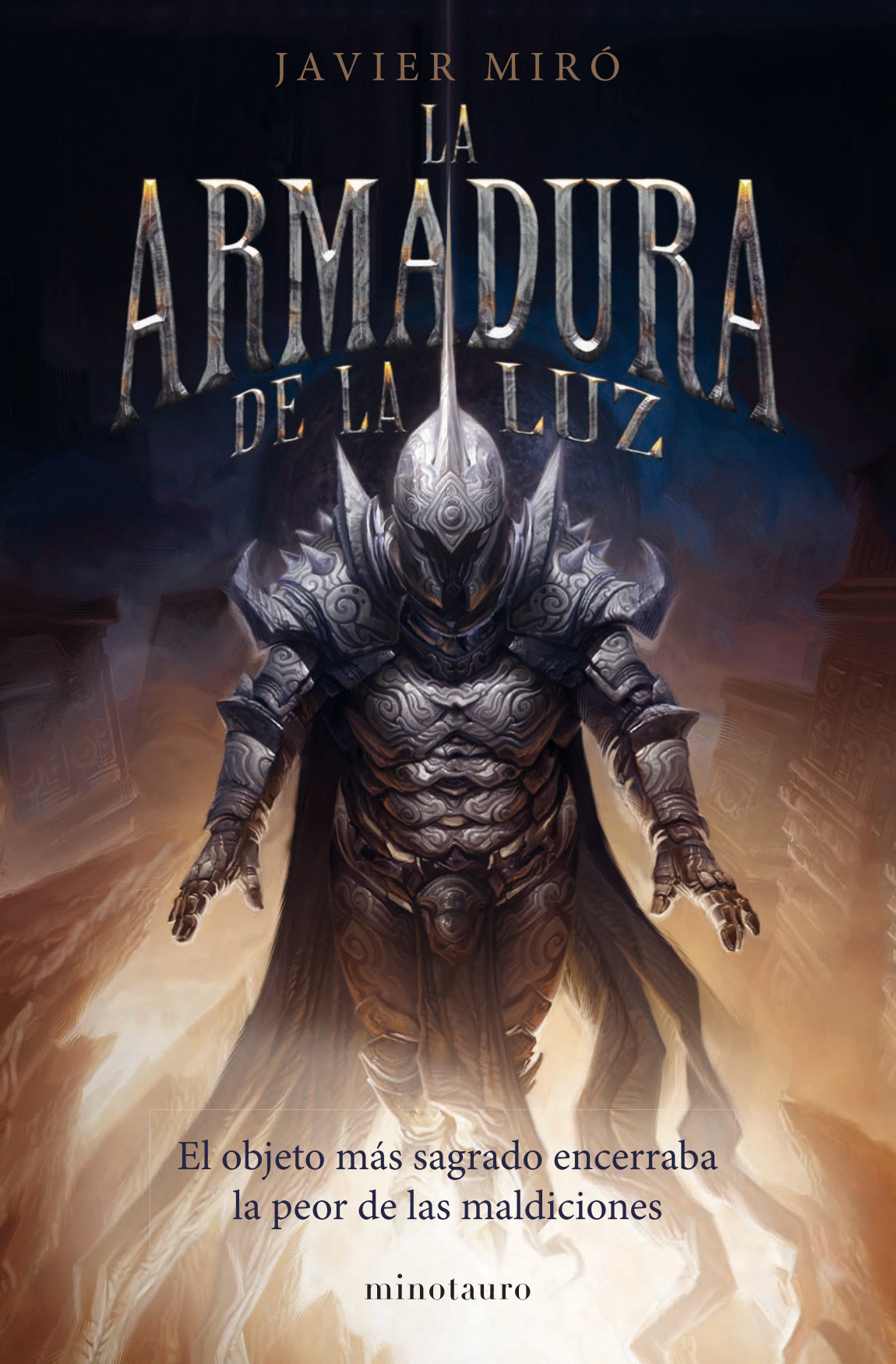
JAVIER MIRÓ

LA ARMADURA DE LA LUZ



El objeto más sagrado encerraba
la peor de las maldiciones

minotauro

JAVIER MIRÓ

La Armadura de la Luz

minotauro

Primera edición: abril de 2017

© Javier Miró, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0424-1
Depósito legal: B. 5.863-2017
Fotocomposición: Pleka
Impresión: Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Los rayos de sol filtrándose por entre el ramaje, la brisa que se había convertido en viento o el canto de una bandada de pájaros que había establecido su cuartel general en ese preciso árbol. Jax no sabía qué había interrumpido su siesta, pero así era. Chasqueó la lengua, cerró los ojos con fuerza, se recostó sobre el otro hombro y se esforzó en la misión imposible de recordar qué era eso que estaba soñando un instante antes y le hacía tan feliz. Se quedó muy quieto, tanto que casi ni respiraba, pero su realidad había cambiado sin remedio. Sus sueños se habían esfumado y ya solo notaba el insistente trino y cada una de las imperfecciones del suelo, que se le clavaban sin piedad. Volvió a la posición inicial, que por algún extraño motivo, hasta hacía un instante resultaba cómoda y ahora era poco menos que una tortura. Bostezó, se cubrió del sol con el brazo y lo intentó de nuevo. No se dio por vencido hasta que el hambre atroz anunció su regreso con un rugido.

Jax maldijo para sí. Se tomó su tiempo, pero terminó incorporándose. Se frotó los ojos sin reparo. Se rascó el brazo que llevaba descubierto. Bostezó de nuevo y dio un vistazo alrededor. Todo seguía igual de desierto que cuando se había echado. Casi por inercia, alargó una mano hacia el estrecho hatillo donde guardaba sus pertenencias. No le llevó ni un suspiro comprobar que todo estaba donde debía. Su espada y su descargada e inofensiva pistola de magma también permanecían en su sitio, esto es, enfundadas y sujetas al cinto. Junto al codo izquierdo tenía otro hatillo bien plegado e igual de exiguo, pero a este no le prestó tantas atenciones.

Se rascó el hombro derecho y oteó las inmediaciones haciendo visera con los dedos de la mano izquierda. Desde su posición no se

veía ni el cercano camino que los había llevado hasta allí, ni el riachuelo que bajaba tranquilo un poco más allá. Solo se veían los árboles más inmediatos a él y alguna que otra roca sobresaliente y verdeada por el musgo, los líquenes y otros hongos de colores. Sintió cierto orgullo por haber sabido elegir el emplazamiento mejor situado y, a la vez, más recogido, para descansar un rato. Se desperezó, hizo crujir los nudillos y se puso en pie sin alardear de agilidad. A continuación, su estómago se volvió a manifestar. Al acostarse, ya habían pasado varias horas desde su último bocado: unas verduras sosas, de esas que no se merecían ni ser metidas en un puchero. Ya casi había olvidado la última vez que había comido algo que un guerrero como él pudiera considerar decente. Carne de lomo en salsa, hígados de ave de corral, ojos de carnero en su punto, rabo de toro, chorizo bien especiado, panceta frita, paletilla de cerdo chorreante de grasa… Un gruñido procedente del abdomen le advirtió que dejara ese juego, que se trataba de un asunto muy serio.

Jax comprendió que tendría que entretener sus pensamientos con otra temática. Llenó los pulmones del aire perfumado del bosque mientras se frotaba la espalda con ambas manos. Le dolía en varios puntos, sobre todo a la altura de los riñones. Hacía tiempo que ya no se trataba de una punzada pasajera, sino de una molestia asentada que nunca desaparecía.

«Y solo tienes treinta y dos años.»

Echó de menos tener cerca a alguien de su edad para preguntarle si también tenía dolores. Se acordó de un mercenario al que conoció cuando él tendría más o menos su edad actual y cuyo nombre había sido Jonah, Jonnar o Jonás, no estaba seguro. Ese tipo apenas podía mover el brazo izquierdo del codo para abajo. Era casi manco. O de Rufo *el Calvo*, que debía de ser más joven todavía y sufría de unos dolores de cabeza que no le dejaban ni dormir. Pero eso no significaba nada, pues también había conocido a otros muchos que contaban con sesenta años o más y no les dolía nada. Algunos incluso seguían empuñando la espada y cercenando miembros. Como su tío Arod, por ejemplo.

Fuera como fuese, el fantasma de la retirada volvió a sobrevolarle. Se decía a sí mismo que empezaba a hacerse mayor para seguir ofreciendo su espada por un sueldo, que debería ir pensando en ahorrar para montar su propio negocio, una posada, una granja o una herrería.

Eran trabajos que podría hacer. Y dejar de dar tumbos de una vez, llevar una vida tranquila como la gente normal, casarse, tener unos cuantos críos, guardar víveres para el invierno y cosas así. Tomó aire de nuevo y trató de verse levantándose con el alba para limpiar un establo, o sirviendo cerveza a un grupo de patanes borrachos como tantas veces se la habían servido a él. Resopló sabiendo que aquello difícilmente podría funcionar.

Dio un rodeo al árbol más cercano, el mismo que estaba atestado de pájaros piando, aleteando y, al parecer, matándose entre sí. Se agachó para comprobar si la trampita que había armado antes de echarse había surtido efecto. Estaba vacía. Escupió con rabia y blasfemó antes de comprobar que funcionara. Al ver que así era, la volvió a montar, murmurando maldiciones que solo él entendía. Había aprendido a manejarse con las trampas de joven, cuando servía en las filas que comandaba su tío Arod, en el ejército de la Ciudad Libre del Vado de Tulia. En realidad, casi todo lo que había aprendido en su vida procedía de esos días. Para él eran los años dorados que ya nunca volverían. No se consideraba un nostálgico; de hecho, detestaba a los que se les humedecían los ojos mientras contaban lo felices que habían sido tiempo atrás. Sin embargo, cada vez era menos raro que se sorprendiera a sí mismo recordando con añoranza aquellos tiempos en los que cabalgaba por las fértiles llanuras de Usseifod, su país natal.

Pese a que Jax había nacido pobre, el destino le había ofrecido una alternativa de vida por medio de su tío el mercenario. La guerra como profesión era la única posibilidad para quien no deseara ser un siervo, pues en Usseifod no existían los hombres libres. Era un reino extenso, repleto de feudos que luchaban entre sí en una interminable guerra de prestigio. Siendo todavía un adolescente, Jax había elegido seguir a su tío Arod, un gran guerrero que capitaneaba a un grupo que oscilaba entre los quince y los treinta hombres. Ofrecían sus servicios a los diferentes señores feudales, que con frecuencia acudían a ellos con más guerra. Y así sobrevivían, sin gloria, sin futuro, sin escrúpulos.

Pero a diferencia del resto del gremio, su tío Arod tenía un plan. En lugar de dilapidar el dinero que sacaba de la guerra en fiestas, aguardiente, prostitutas y otros lujos efímeros, había decidido destinarlo todo a la aldea del Vado de Tulia, lugar donde había establecido su base. Paso a paso, sin llamar la atención, Arod fue atrayendo, además de a más mercenarios, a artesanos, campesinos, constructores y

todo tipo de trabajadores con sus familias. Gente humilde que huía de las guerras y del yugo de los señores feudales. La población creció en muy pocos años, y la aldea pasó a ser una ciudad fortificada, defendida por torres, fosos, murallas y un ejército dispuesto a enfrentarse a cualquiera. Cuando Arod consideró que tenía suficiente fuerza, la ciudad se emancipó del dueño de aquellas tierras, un barón medio enajenado. Se proclamó libre.

Sin duda, su tío había calculado bien la jugada, pues el barón no pudo hacer nada para evitar la sublevación. No obstante, Arod no supo prever lo mucho que su ciudad libre iba a crecer en poco tiempo. Su poder y prestigio ascendieron a cotas inimaginables para un hombre que, al fin y al cabo, no era más que un soldado. Tal vez abrumado por todo esto, el tío Arod cambió. Comenzó a exigir tributos y pleitesías, declaró guerras innecesarias, se rodeó de riquezas más propias de nobles, dejó de lado a sus antiguos capitanes y comenzó a escuchar a aduladores de lengua bífida. Sin pretenderlo, y casi sin darse cuenta, se convirtió en un señor feudal más; abusivo, cruel, insensible. Cuando Jax se convenció de que no podía hacer nada para evitar esta situación, decidió abandonar la Ciudad Libre del Vado de Tulia para jamás volver. No habían pasado ni diez años desde aquel triste día. Pero como él no era un sentimental, prefirió pasar a otro asunto inmediatamente.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —se preguntó con la voz ronca de alguien recién despertado.

Carraspeó con fuerza mientras se cercioraba de nuevo de que la trampa estaba en su sitio. Tenía el tamaño idóneo para atrapar un ratón o cualquier otra alimaña del bosque. No sería el filetón que deseaba, pero le serviría para entretener el hambre que le atenazaba. Entre eso y el jaleo de los pájaros, Jax no conseguía concentrarse. Solo era capaz de pensar en aquellos bichos insoportables cociéndose en una olla vivos, con plumas y todo, lo que enardecía su apetito sin remedio y le llevaba de vuelta a pensar en lo vacío que tenía el estómago.

—Seguro que anda por ahí engatusada con cualquier memez, como si la viera —se dijo, incapaz de escapar del único tema que ocupaba sus pensamientos.

Bostezó con ganas y, nada más volver a cerrar la boca, desenvainó la espada con una floritura innecesaria. Por suerte no había nadie para verle hacer tal cosa. Examinó la superficie del acero buscando

alguna imperfección, pero lo que se encontró fue su propio reflejo, más o menos desfigurado. Ver su cara aplastada le arrancó una leve sonrisa. Acordándose de las mujeres que le habían llamado guapo, o feo, en su vida, tomó la piedra de afilar y empezó a pasarla por la hoja. Con firmeza, con mimo, sin pausa. Cuando decidió que había terminado, hizo un par de movimientos veloces para cortar el aire. Al verlos insuficientes, se levantó y cogió el mango con ambas manos. Realizó varios ejercicios marciales; rutinas que llevaba repitiendo desde que apenas le crecía la barba. La espada siempre le hacía sentir bien. Lástima que el dolor de espalda no le permitiera disfrutar de sus ejercicios.

Para cuando guardó el arma, un buen rato después, ya no había forma de enmascarar el hambre. Se echó hacia atrás el pelo, largo hasta casi taparle la nuca por completo, castaño, medio quemado por el sol y sucio de varios días. Buscó una vez más a su compañera con la mirada y, harto de no conseguir matar el tiempo, decidió ir a por ella. Se encaminó hacia el riachuelo, lugar donde sabía que tenía más oportunidades de encontrarla, y no porque ella se lo anunciase; Iviqi no era de las personas que acostumbran decir adónde van. El mercenario pasó junto a un par de árboles, tres o cuatro arbustos, un grupo de piedras de gran tamaño y, cuando ya pensaba que se había equivocado de camino, la encontró.

Probablemente, aquel río habría conocido días mejores, pero en ese momento era del todo incapaz de tapar la desnudez de Iviqi. La chica estaba agachada, mirando algo que debía de haber dentro del escaso palmo o palmo y medio de profundidad que tenía el riachuelo, demasiado absorta para prestar atención a si el recién llegado le observaba el perfil, el pelo escaldado que crecía salvaje en todas direcciones, los hombros, los brazos, la espalda, la cadera. Los graciosos movimientos, aunque en ese momento estuviera más bien quieta. Los ojos dorados. La luz y el agua jugueteaban con ella formando sombras aleatorias sobre su piel del color de la canela. Una visión tal vez idílica, pero un tanto perturbadora para Jax.

En el medio año mal contado que llevaban compartiendo camino, no era la primera vez que se repetía una escena así. Y como en las ocasiones anteriores, el hombre no sabía cómo reaccionar. ¿Qué decirle a una persona que, además de hacer gala de un evidente desprecio por la autoridad, encontraba cierto disfrute escandalizando a quienes tenía

cerca? El mercenario se quedó quieto, a medio recorrido entre las ramas del seto que no terminaba de atravesar, callado, con un gesto indefinido en la cara. Y sin dejar de mirar. Así lo vio Iviqi.

—Buenas tardes, dormilón —dijo sonriendo, dividiendo su atención entre el mercenario y lo que fuera que estuviera mirando en el agua.

Jax, acostumbrado a la disciplina castrense, a vivir rodeado de órdenes y de muchos más deberes que derechos, no podía dejar de arder por dentro al ver la falta de pudor de la muchacha. Sobre todo porque él era un hombre más o menos joven y sano, al que no era prudente ni lógico mostrar ciertas partes de la anatomía femenina. Consideraba esa actitud como una evidente falta de respeto hacia él. Fue a decírselo, a recriminarle sus nulos modales, pero no le terminó de salir. Solo consiguió acercarse y mirarla como lo que era, una joven bañándose en un río. Maldijo por lo bajo, pero no agregó nada más.

—Esto está lleno de renacuajos —dijo ella.

—Los renacuajos no se comen —replicó él sin recato, interesado en mostrar su mal humor.

—Tú siempre pensando en lo mismo —contestó Iviqi, despreocupada.

Le miró a los ojos y, al captar por fin el enfado de su compañero, dejó de sonreír. Sin embargo, eso duró, aproximadamente, lo que dura una libra de plata sin dueño en el suelo de una taberna.

—¿Por qué no dejas de refunfuñar por lo que sea que estés refunfuñando y te metes? —preguntó ella con calma y media sonrisa.

—¿Que qué?

—Que te metas en el agua, que está muy fresquita, hombre.

El aire se le escapó a Jax de entre los dientes.

—Muy fresquita, dice. Sí, ya, claro. Llevamos casi un día entero sin probar bocado decente, pero tú prefieres decirme que me dé un baño. Y con eso se soluciona todo.

Muy a pesar de Jax, la chica mantuvo la compostura.

—Llevas más tiempo sin bañarte que sin comer. Créeme, es mucho más urgente que te des un agua.

Y se echó a reír. El mercenario no podía verse a sí mismo, por lo que no sabía si ella se reía de la expresión que él estaba poniendo en esos momentos, o porque le había hecho mucha gracia su propia ocurrencia. Pero no iba a dejarlo pasar bajo ningún concepto.

—Mira, niña, no pienso meterme en ese río infecto ni en ningún otro sitio, y menos con el hambre que tengo, que a ti parece darte igual, pero a mí me está dejando sin conocimiento. Y te juro por los bigotes retorcidos de Sha' Nom que si esto no se soluciona pronto, voy a hacer una locura.

No fue de inmediato, pero Iviqi dejó de reír.

—Bueno, bueno, deja ya la tragicomedia, que hace un rato encontré una delicia del bosque.

—¿Una delicia del bosque? —preguntó Jax con un entusiasmo que pronto supo frenar—. Mira, si es otra de tus tonterías, será mejor que lo dejes.

—No, no, lo tengo aquí mismo.

Sin tiempo a decir más, la chica se levantó, caminó los cuatro o cinco pasos que la separaban de sus ropas, casi a los pies de Jax, se agachó y extrajo algo de entre los pliegues. En ningún momento hizo el más mínimo amago de taparse. El mercenario agarró lo que ella le alargaba, prefiriendo mirar a cualquier otro lado. Se trataba de un manojo de varillas de madera, cortadas por un cuchillo.

—¿Y esto qué dia…?

La incredulidad dejó sin habla a Jax.

—Es regaliz, hombre. ¿No te parece fantástico?

—¿Regaliz? ¿Regaliz? Vamos a ver, yo me muero de hambre ¿y tú pretendes alimentarme con tres palos asquerosos? Yo no como palos, cómo voy a tener que decírtelo. ¡Un guerrero no puede vivir de palos! ¿Acaso me tienes por un perro?

Ella dejó en el aire la pregunta. Se limitó a tomar una de las varillas y metérsela en la boca.

—Está delicioso —dijo después de masticar unas cuantas veces sin excesiva prisa.

El mercenario resopló, hizo varios aspavientos con los brazos, incluso pateó las piedrecillas que se agolpaban a la vera del río. Pero consiguió contener la reacción que se fraguaba en su interior.

—Está bien —repuso ella—. Voy a ver si consigo cazar algún pájaro para el señor.

Por suerte para ambos, Iviqi no era amiga de discutir más de lo necesario. Jax tampoco, por supuesto, pero no podía dejar un asunto sin solucionar, llevase el tiempo que llevase, costase lo que costase. Comer pájaros, hacerlos callar a la vez que le quitaban el hambre, en

cambio, le pareció una idea óptima. Se le hizo la boca agua pensando probar de nuevo la carne, aunque fuera demasiado suave e insípida. Volvió a la realidad al descubrir que la chica solo había cogido el cinturón donde guardaba sus dagas.

—Pero tápate, por las muelas negras del santo Ulut. No irás a subirte a los árboles así.

—Como quiera, mi capitán —respondió ella, volviendo a por la ropa con desgana.

—¿Es que no voy a poder hacer una mujer de provecho de ti?

Iviqi no respondió, ocupada en vestirse. Una vez cubierta, fue caminando sigilosa, con la mirada levantada, deteniéndose bajo las ramas de los árboles cercanos hasta que dio con algo.

—Creo que ya los tengo —dijo un momento antes de encaramarse al tronco del árbol y empezar el ascenso con soltura.

Jax no terminaba de acostumbrarse a la portentosa destreza de su compañera, heredada de sus años en el circo, como a veces ella contaba. Criarse entre funambulistas, sin duda había hecho de la joven una experta del control de su cuerpo. En ese momento, el mercenario pensó que debía de haber sido muy duro para ella abandonar ese mundo para dedicarse a robar y a hacer los caminos como él. Nunca hablaba de lo ocurrido, y eso resultaba raro en alguien tan jovial, tan abierto, tan sincero. Él tampoco sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces, aunque su intuición le decía que no demasiado.

Bastantes codos más arriba de las cavilaciones de su compañero, Iviqi ya estaba preparada para lanzar una de sus dagas contra los pájaros. Sus movimientos eran precisos y armónicos, pero no infalibles. El arma se clavó en una rama, ahuyentando a los pájaros. Jax, tan expectante como hambriento, maldijo a voz en grito, haciéndole saber a la chica lo torpe que le parecía. Ella movió el brazo en un vago intento de mandarlo a callar. Avanzó por una rama con cuidado de no quebrar la madera que la sostenía y echó un vistazo dentro del nido.

—¡Tenemos cuatro huevos aquí! —anunció triunfal.

Jax cesó las hostilidades de inmediato, relamiéndose los labios. Eso lo solucionaba todo: le encantaban los huevos en cualquiera de sus variedades. No veía el momento de tenerlos en su poder, por lo que contuvo la respiración al ver que la chica se detenía a recuperar la daga.

—Cuidado —dijo Jax desde el suelo—. Baja primero los huevos y ya volverás a por el condenado cuchillo.

—Ni hablar —fue toda la respuesta de ella, que seguía concentrada en alcanzar el arma.

—Tú y tus estúpidos cuchillos. No seas tan cabezota y…

No pudo terminar lo que estaba diciendo, pues se le escapó todo el aire al ver la rama quebrándose bajo el peso de la muchacha. Ella pudo agarrarse a tiempo, o al menos, eso debió de pasar, porque Jax no la vio caer. Toda su atención estaba fija en el nido. Siguió su caída hasta el suelo sin poder hacer nada por evitarlo. La hierba no salvó ni uno solo de los huevos. Jax maldijo como todavía no había maldecido en toda la tarde. Cuando dirigió la mirada otra vez a Iviqi, la joven estaba, por fin, recuperando la daga y devolviéndola a su cinturón. Una oleada de furia lo sacudió.

—¡Torpe! ¡Manos de árbol! —bramó Jax.

Le dedicó varios improperios más al ver que ella, en lugar de hacerle caso, perdía la vista en el horizonte. Jax se calmó al comprobar que lo que su compañera estaba avistando era una columna de humo que ascendía desde algún punto no muy lejano del bosque. Intercambiaron una mirada cargada de intención.